

Bibliografía

HENRI LAVILLE: *Climatologie et chronologie du Paléolithique en Périgord. Étude sédimentologique des dépôts en grottes et sous abris*. «Études Quaternaires», Mémoire 4. Université de Provence. Marseille, 1975. IDEM: «Chronostratigraphie et écologie des cultures du Paléolithique final». *La fin des temps glaciaires en Europe*. Coloques Internationaux du Centre National de la Recherche scientifique, n.º 271. Paris, 1978.

Las investigaciones del Prof. Henri Laville sobre los aspectos físico-naturales del mundo paleolítico son lo suficientemente conocidas por los estudiosos, especialmente, por los que trabajan en el desarrollo del Paleolítico cantábrico, que creemos innecesaria una presentación del A. uno de los mejores especialistas en estos temas, que ha sabido llevar a cabo una inmejorable síntesis interdisciplinar acerca de un tema de gran transcendencia para la Prehistoria del Occidente europeo.

Los capítulos I y II fijan el territorio estudiado y la formación de los distintos depósitos paleolíticos.

Las investigaciones se han basado en dos tipos de estratigrafía, la de los abrigos al aire libre y la de las cuevas. En los abrigos se estudia de un modo sistemático los distintos fenómenos que concurren en la formación de los depósitos (gelivación, soliflucción, arroyada, aluviación fluvial y la acción humana), así como de aquellos otros que los modifican (gelivación secundaria, soliflucción y crioturación, arrastres y acción humana).

Para las cuevas, los depósitos se producen tanto por sedimentación detrítica, como por sedimentación química y sus modificaciones se producen por causas físicas y químicas. En la sedimentación detrítica hay que diferenciar los aportes endógenos y exógenos.

En el capítulo III, se precisan el método de estudio y las técnicas analíticas expuestas con sencillez y eficacia.

En la segunda parte se estudian los veintidós yacimientos, cuyos depósitos han servido de base al A. para su investigación (L'Église Pech-de-l'Azé II y I, La Micoque, Combe-Grenal, Le Moustier, Foret de Gaume, Caminade, Roc de Combe, Piage, La Chevre, Le Facteur, Maldidier,

La Ferrassie, Flageolet, I y II, Des Jambes, Laugerie-Haute y Basse, La Madelaine, Gare de Couze, Cap Blanc, Faurelie II), en cada uno de los cuales se ha tenido en cuenta la estratigrafía, el carácter sedimentológico de los depósitos, su posición cronológica, su significación climática y la interpretación de todos estos datos.

Con todos estos elementos se ha elaborado, en la tercera parte, una sistemática de las etapas glaciares, fundamentalmente Riss y Würm. Para una mejor comprensión de las distintas variaciones climáticas el A. ha utilizado una subdivisión en fases para cada uno de los estadios o de los interestadios de cada glaciación, cuya validez se limita al espacio regional estudiado: Périgord. De ahí que nos encontremos con expresiones Würm I Périgord II o Würm III Périgord VI, que nos señalan una fase climática en relación con etapas industriales de determinados yacimientos. No nos es posible por falta de espacio dar todas y cada una de las características de todas estas fases. Sin embargo vamos a tratar de resumir sus más importantes aspectos.

Vamos a tratar de sintetizar en lo posible para cada una de las glaciaciones y sus fases.

Durante la glaciación de Riss se señalan tres máximos de frío y a cada uno de ellos se atribuyen dos, cuatro y siete fases, respectivamente, dentro de las cuales se señalan incluso alternancias o pequeños cambios. El interglacial Riss-Würm se caracteriza por pedogénesis y erosión importantes. La glaciación de Würm, más compleja, ofrece cuatro máximos glaciares con tres interestadios. Los máximos ofrecen nueve fases el Würm I, ocho el Würm II, catorce el Wür III. En cuanto al Würm IV, en el artículo que citamos en el encabezamiento de esta recensión, se expone una serie de fases que, todo lo hipotéticas que se quiera, resumen por el momento el estado de los actuales conocimientos que han permitido al A. plantear una importante hipótesis de trabajo. El Würm IV aparece dividido en diez fases que comprenden todo el desarrollo del Magdalénense francés.

El A. discute al final problemas tan interesantes como la posición cronológica de las industrias musterienses, inclinándose, en contra de P. A. Mellars a que La Quina y

La Ferrassie y las de tradición achelense se han fabricado simultáneamente durante el Würm I y Würm II, de acuerdo con F. Bordes.

También pone en duda la posibilidad (synthétotype auriñaco-périgordien de Laplace) de que las industrias auriñacienses y perigordienses tengan un origen común, lo que no es factible como puede observarse, no sólo en los argumentos del autor, sino en el mismo Auriñaciense de Cueva Morín.

Sobre la intemporalidad del Auriñaciense y del Perigordense, en algunas de sus etapas, no sólo es posible, sino que los yacimientos que el A. cita (Roc de Combe = Auriñaciense «evolucionado»; La Ferrassie = Auriñaciense III; Abi Pataud = Auriñaciense «intermediario» y «evolucionado», etc.) demuestra que indiscutiblemente no existió ni una evolución lineal, ni que las culturas se sucedieron cortando todo lazo con la anterior. Las culturas conviven y en tiempos cercanos a nosotros la cultura tradicional del carro chillón y del cultivo de azada y laya y el candil (Galicia, Asturias, Santander, País Vasco) ha convivido largamente con la máquina de coser, el automóvil, el tractor y la electricidad.

En cuanto a la posición relativa de los estadios evolutivos del Solutrense y del Magdaleniense antiguo, creemos que es bastante clara la visión del A. de que al comienzo del Würm IV quedan enclaves Solutrenses en un mundo que se transforma rápidamente en Magdaleniense. Ya hace años apuntamos para la región cantábrica el hecho de que el Solutrense superior debió de ser contemporáneo del Magdaleniense I y II francés. En este sentido el problema de la entrada del Magdaleniense francés en la Península parece haberse efectuado dentro del desarrollo del Magdaleniense IV y no antes, como ha reconocido Sonnevill-Bordes. El viejo Magdaleniense cantábrico incluso el del Parpalló, tienen poco que ver con el desarrollo del Magdaleniense galo.

En resumen, nos encontramos ante una valiosa aportación a la Prehistoria del Occidente europeo. La nueva visión de un Paleolítico a través de sedimentos, climas, palinología, faunas y culturas, con todas sus hipótesis y problemas impulsará una nueva investigación, cuyos resultados no se harán esperar. Felicitamos al amigo H. Laville por su obra, felicitación que hacemos extensiva al Prof. F. Bordes y en general a toda la escuela de prehistoriadores de Burdeos.

F. JORDÀ CERDÀ

HENRI DELPORTE: *L'image de la femme dans l'art préhistorique*. Picard, Paris, 1979, 137 figs.

Se trata de una excelente síntesis de los problemas suscitados por las representaciones escultóricas femeninas del

Paleolítico superior euroasiático, no sólo desde el punto de vista cultural y cronológico, sino también psíquico, mágico y religioso.

El A. agrupa el abundante material conocido en cinco grandes áreas (pireno-aquitana; italiana; reno-danubiana; rusa; siberiana), cada una de las cuales ofrecen características propias y peculiares.

Cronológicamente estas figuras aparecen dentro de dos etapas distintas: En el Gravetiense (23.000-18.000 a. J. C.) y en el Magdaleniense (14.000-9000 a. J. C.), aunque las fechas de muchas de estas estatuillas no sean satisfactorias.

Entre las figurillas gravetienses pireno-aquitanas existe una cierta unidad, en tanto que en las pertenecientes al Magdaleniense encontramos tipos diferentes que van desde obras de gran realismo (La Madelaine) hasta otras de tipo estilizado (Pech Merle, La Roche). Esta diferencia es tanto más acusada en cuanto las gravetienses son esculturas exentas o bajorrelieves mientras que las magdalenienses son por lo general representaciones grabadas sobre pared, placa o hueso.

El grupo italiano, netamente gravetiense, presenta rasgos comunes a todas ellas: zona ventral abultada, poca importancia de los senos, y tendencia a la forma losángica de la figura.

El reno-danubiano ofrece gran variedad de formas que van desde las formas abultadas (Willendorf) a las más finas e increíbles estilizaciones (Petrkowice, Gounesdorf, Predmosti, etc.). El problema de la mayor parte de estas figuras es su fecha, ya que el Pavlovense (Gravetiense de la Europa Central) se distingue difícilmente del Magdaleniense de la misma región. Delporte supone que el Pavlovense es ligeramente más antiguo que el Gravetiense, aunque resulta difícil establecerlo arqueológicamente.

Este grupo presenta relaciones con el pireno-aquitano y con el ruso, lo que a mi entender dificulta la posibilidad de que las figurillas «pavlovenses» pudiesen originar las de Europa Occidental, mientras en la oriental parecen entrecruzarse tanto las estilizadas reno-danubianas como tipos cercanos a las pireno-aquitanas.

El grupo ruso carece hasta el momento de una investigación más substantiva, puesto que la mayoría de las figurillas adolecen de una clara posición estratigráfica, aunque parece que existe una cierta dependencia respecto de los grupos de la Europa Occidental y Central. Las figurillas siberianas constituyen un grupo dotado de cierta unidad, cuya semejanza con las europeas demuestra la existencia de «correlaciones que existen entre el Paleolítico superior siberiano y el europeo».

Pasa luego el A. a comentar las opiniones de los diversos autores sobre estas interesantes representaciones. Una de las preguntas del A. se refiere al por qué durante el Solutrense no existen representaciones de figurillas femeninas. No es posible encontrar una respuesta adecuada a este problema, según el A. Por nuestra parte, creemos que

dicho problema hay que centrarlo en el hecho de que el Solutrense es una cultura propia del área hispano-francesa, que no pasa al este del Ródano, ni al norte del Loira, que parece, tanto por técnica, tipos y características, como una oposición o reacción contra el mundo gravetiense. Además, es durante el Solutrense cuando aparece con rasgos bien definidos la religión theriocéntrica que aparece reflejada en las cuevas-santuarios. Quizás haya que pensar en la existencia desde el Auriñaciense de dos tendencias religiosas, una que tenía como centro, a la figura femenina o a su máximo exponente: la vulva; la otra, en la que el animal aparece como eje de las composiciones artístico-religiosas. Esta última predominó durante los tiempos solutrenses, en tanto que la tendencia femenina quedó desplazada hacia el centro y este europeos. La aparición del Magdaleniense, con la reincorporación de la técnica del retoque vertical, de estirpe gravetiense, podría explicarnos la que de nuevo los pueblos de la Europa occidental adoptasen en sus cuevas-santuarios elementos propios de un culto en la que aparece la mujer, junto con el animal y el hombre, como elemento propio de una nueva religiosidad.

El estudio de la repartición y cronología de estas representaciones constituye un interesante capítulo en el que el A. expone interesantes puntos de vista, como el de que el Gravetiense constituye el desarrollo de «une civilisation à figurations féminines», lo que coincide con nuestros puntos de vista de la existencia de una «tendencia religiosa femenina», que podríamos denominar «ginocéntrica», con todas las salvedades.

Esta religiosidad parece que tiende a desaparecer durante el Epipaleolítico, aunque aparecen algunos ejemplos, como el de Nab Head St. Bride's (Inglaterra) y Geltrofs III-1 (Holanda). También aparece en el Natufiense de Ain Sachri (Sur de Jerusalén) y en el Khiam (Jordania) yacimiento este último en el que apareció una fina figurilla de la que se conservaba la mitad inferior de su cuerpo (J. González Echegaray, *Excavaciones en la terraza de «El Khiam» [Jordania]*. 1966, p. 52, fig. 18, 1).

Tras un estudio de las distintas técnicas y estilos, en el que no podemos entrar por falta de espacio, termina el A. con una serie de importantes consideraciones acerca de las motivaciones de este tipo de representación, que después de examinar los supuestos básicos sociales y económicos supone relacionados con la magia, considerando que «l'Art paléolithique est un art engagé magiquement, mais aussi socialement engagé», opinión que no compartimos, ya que sus expresiones artísticas no dan pie para suponer la existencia de tal magia, sino de unas formas religiosas, expresadas, mediante símbolos (los ideomorfos o signos), ritos (animal acefalo, los antropomorfos o «máscaras») y mitos (las vulvas, en relación con posibles mitos de origen, la presencia de un animal dominante alrededor del cual giran las representaciones de la cueva, etc.). Para nosotros, la magia no tiene nada que ver con el arte religioso paleolítico, ya que es un «poder» en relación con la técnica,

a la que imita. El mago o brujo quieren actuar en el campo religioso lo mismo que actúa el hombre en el campo técnico, y espera conseguir mediante «técnicas mágicas» dominar el mundo sobrenatural.

No obstante esta discrepancia, hemos de considerar que el A. ha realizado una aportación importante al conocimiento de las representaciones femeninas paleolíticas. La valoración realizada no sólo sobre el mejor conocimiento de estas figurillas, sino el estudio crítico de las distintas opiniones y observaciones de los diversos autores que han estudiado el tema, nos permite contemplar sus problemas con puntos de vista más completos. Todo ello nos mueve a felicitar al Dr. Delporte, viejo y cordial amigo, por el esfuerzo realizado y por los resultados obtenidos, al tiempo que recomendamos su obra a todos aquellos que deseen conocer la imagen de la mujer en el arte prehistórico.

F. JORDÁ CERDÁ

MAGÍN BERENGUER: *El arte parietal prehistórico de la cueva de Llonín*. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1979, 50 págs., 43 + 5 figs. y IV láms.

La cueva de Llonín, situada en Peñamellera Alta (Asturias), también conocida por la cueva del Quexu o de Concha de la Cova, fue conocida para la investigación prehistórica en 1971, dándose a conocer recientemente tras un costoso trabajo de copiado e interpretación de cada una de sus figuras.

Se trata de una cueva con unos contenidos artístico-religiosos que no dudamos en considerar como trascendentales para llegar a una mejor comprensión del arte parietal del Paleolítico superior cantábrico, ya que en ella se han encontrado tres series de representaciones claramente superpuestas, es decir, tres santuarios rupestres distintos que han sido realizados con arreglo a tres formas de expresión propias de las tres tradiciones artísticas vigentes en el mundo paleolítico cantábrico: la pintura roja, el grabado de trazo múltiple y estriado y la pintura negra, lo que ha sido puesto de relieve por el A. cuidadosamente. Este santuario triple viene a confirmar las ideas de Breuil acerca de la importancia de las superposiciones, un tanto despreciadas últimamente en las interpretaciones estadísticas de Leroi-Gourhan, y que he intentado revalorizar en mis últimos trabajos.

Tanto en concepción, como en estilo y en representaciones animales los tres santuarios son totalmente distintos y las composiciones temáticas que nos ofrecen revelan la existencia de diferentes tradiciones artístico-religiosas.

El santuario más antiguo, el de las pinturas rojas, presenta un espléndido conjunto de ideomorfos lineales, pa-

recidos a los de la cueva de Las Herrerías, como señalamos a raíz de su descubrimiento, ideomorfos formados por series de trazos paralelos, largos en unos casos, semejantes a puntos o vírgulas en otros, a los que hay que añadir la presencia de un antropomorfo y de una serpiente —mejor que serpentiforme—. El antropomorfo es claramente femenino, y tiene una cabeza redondeada en la que parece señalarse una separación entre la nariz y la frente, en tanto que la barba aparece claramente recortada del cuello por un trazo, en el tronco superior aparece señalado un pecho, en el inferior un trazo largo podrá señalar la abertura vulvar. Por su tipo parece dentro de la etapa magdalenense de grupo pireno-aquitano, señalado por Delporte, ya que carece de las formas abultadas de las figuras femeninas propias de la etapa gravetiense. Tampoco la representación de la serpiente parece muy propia del ciclo aurifacio-gravetiense, ya que en el arte mueble cantábrico esta figura no aparece claramente hasta el Magdalenense, por lo que juzgamos que este primer santuario de Llonín ha de situarse dentro de la cultura magdalenense. Además, como ha observado el mismo Delporte, la figura femenina desaparece de las representaciones solutrenses, por lo que no conviene hacer a este santuario anterior a esta etapa.

El segundo santuario contiene un amplio conjunto de figuras de animales, en el que curiosamente no aparece ningún ideomorfo y sí solamente representaciones de animales realizadas con contornos de trazos múltiples en los que completan partes interiores mediante estriados que en algún caso recortan o intentan recortar formas anatómicas, técnica y estilos bien documentados en el arte rupestre en los santuarios de Altamira (tercero del Gran Techo), Castillo, Les Pedroses, Candamo, etc., y sobre omóplatos con grabados del mismo tipo (Altamira, Castillo, Rascaño, El Cierro), cuya edad está fijada correctamente en el Magdalenense inferior cantábrico. Hay que anotar que el animal dominante en esta cueva es el ciervo/cierva con 17 ejemplares, uno de los cuales ha sido supuesto reno, sigue en importancia la cabra con 11 figuras, mientras que el bisonte sólo tiene dos representaciones y el caballo otras dos. El par bisonte/caballo, supuesto fundamental por Leroi-Gourhan, pasa en esta cueva a un segundo plano y sólo tiene un valor testimonial y secundario, mientras que en otras cuevas-santuarios el bisonte es el animal dominante (Santimamiñe, último santuario del Gran Techo de Altamira) o el caballo (Ekain). Este hecho parece estar en relación con la preferencia de un determinado animal durante una etapa cultural, ya que durante el Magdalenense inferior cantábrico parece dominar el ciervo, como vemos en Covalanas, Arenaza, Castillo (grabados con estriados; santuario III del Gran Techo de Altamira) mientras que el bisonte parece dominar en santuarios más recientes. Es de destacar que en este Segundo santuario de Llonín aparece una cabra acéfala, cuyo cuello termina en ángulo, como el de los animales acéfalos de Les Pedroses, lo que señalaría una cierta tendencia de escuela.

Finalmente, el tercer santuario que se encuadra netamente dentro de la tradición de las pinturas negras, aunque dentro de un momento avanzado, como señala el que se completan los contornos de las figuras mediante trazos múltiples en tanto que la pintura negra tiende al trazo modelado que no llega a constituir una verdadera tinta plana, ya que no llega a cubrir la zona interior del animal. Esta técnica en Asturias la vemos empleada en Candamo (grandes ciervos, gamuza, cabra). El animal dominante es la cabra con siete representaciones, seguidas por dos bisontes y un bóvido, además de una cabeza que ha sido interpretada como perro, que podría ser un lobo, aunque siguiendo a Leroi-Gourhan necesariamente sería un caballo, cosa que difícilmente se puede aceptar. Existe además un buen número de ideomorfos, entre los que destacan una compleja figura hecha con series de puntos alineadas y relacionadas, unas figuras en forma de Y, algunos trazos pareados y sobre todo unas figuras formadas por dos trazos lineales y paralelos en los que aparecen afrontados y en forma de festón trazos en espina, motivo corriente en el Magdalenense superior cantábrico. Además también hay un motivo pisciforme con divisiones internas, tipo seguramente derivado de los ideomorfos pseudorectangulares y ligeramente curvados de Castillo y La Pasiega y que podría tener un paralelo, no muy exacto formalmente, que se encuentra junto a los llamados escaleriformes en rojo.

Esta breve enumeración de los motivos, temas y aspectos de los distintos santuarios nos pone de relieve, por una parte el interés de las superposiciones y la distinta concepción y construcción de los distintos santuarios. Así, por ejemplo, el santuario de figuras rojas constituido por un antropomorfo, un serpentiforme e ideomorfos rectilíneos asociados en pequeños grupos nos señala una orientación religiosa distinta del segundo santuario de los grabados estriados que contiene solamente animales y ningún ideomorfo, aunque todavía el tercer santuario con el predominio de la cabra y la falta de caballo suponen un serio «handicap» para las interpretaciones del par de animales básico (macho/hembra) y sus asociaciones con ideomorfos que simbólicamente parecen representar el sexo.

La cueva de Llonín, con las de Las Herrerías, Santián, La Loja, Chufín, etc., nos muestran que la religiosidad paleolítica es mucho más compleja y que no se resuelve estadísticamente mediante una oposición sexual de animales e ideomorfos dentro de las composiciones. La religión paleolítica hay que tratarla desde puntos de vista netamente religiosos, en los que el aspecto sexual puede ser uno de los múltiples y variados elementos que haya que tener en cuenta, pero no el único. Todas las religiones tienen y presentan una misma estructura basada en los símbolos, los ritos y los mitos y aunque comprendo que en la religión paleolítica es difícil hablar de unos y de otros, no por eso hemos de negar su existencia. La hierogamia de Los Casares, los rituales a que posiblemente se refieren las representaciones de animales acéfalos, el simbolismo de manos

y de vulvas, son aspectos claros de que en la religión paleolítica existen los mismos rasgos que en las religiones posteriores, quizás en un estado menos desarrollado, y que hay que aceptar como antecedentes de rasgos religiosos que con posterioridad adquirieron un mayor desarrollo y de los cuales en los tiempos paleolíticos encontramos sus primicias.

Sólo nos resta dar las gracias a Magín Berenguer por su trabajo, difícil y complicado, merced al cual nos ha sido posible conocer uno de los más importantes santuarios paleolíticos.

FRANCISCO JORDÁ CERDA

A. DE LA PEÑA SANTOS y J. M. VÁZQUEZ VARELA: *Los petroglifos gallegos*. Grabados rupestres prehistóricos al aire libre en Galicia. Cuadernos del Seminario de Estudios Cerámicos de Sargadelos, 30. Sada - La Coruña, 1979, 134 págs., 86 figs. y 52 fotografías.

Los petroglifos gallego-portugueses han sido objeto de varios intentos de síntesis (Obermaier, López Cuevillas, Sobrino Bubigas, Sobrino Lorenzo-Ruza, Anati, etc.), al tiempo que se ha procurado afinar en su interpretación y cronología.

Los AA. se han limitado en su interesante trabajo a estudiar exclusivamente los petroglifos gallegos, con lo que han fragmentado un tema de gran interés, hecho que hay que lamentar, ya que en los tiempos prehistóricos no existían fronteras y ni siquiera podían suponer los autores de los petroglifos en que serían divididos entre gallegos y portugueses. Creo que ha sido un error tal enfoque, ya que en realidad las conclusiones de los AA. apenas podían haber variado; en cambio para el estudioso hubiera sido de mayor utilidad un estudio completo de todos los petroglifos del área NW peninsular.

Esta visión gallega del problema de los petroglifos ha trazado con gran precisión los distintos aspectos del problema. Se ha trazado fundamentalmente una tipología iconográfica en la que se han recogido los diversos motivos que integran la temática de estas representaciones artísticas. Cazoletas, combinaciones circulares, espirales, laberintos, animales (ciervos, caballos, serpientes, etc.), la figura humana, los ídolos e idoliformes, armas, cuadrados, paletas, esvásticas, podomorfos, huellas de animales y cruces. Quizás sería interesante saber a qué especie atribuyen los AA. a los animales representados en *A Laxe das Cabras* (Santa Uxía de Ribeira). El cuidadoso análisis de todos estos elementos y sus variantes ha permitido establecer una cronología más en consonancia con los problemas que cada tipo representa y desde luego supera con mucho a la hace algunos años establecida por el Prof. Anati tomando como base unos yacimientos.

Este importante estudio espero que servirá de base a todo nuevo intento de profundizar en el problema de los petroglifos de toda el área del NW peninsular. Los AA. perdonarán que me inmiscuya en alguno de los muchos problemas planteados. Ellos dan por sentado que el caballo, mejor dicho el caballo como animal de silla y monta, se introduce en la península hacia la mitad del II milenio a. J.C., suposición que no parece probada, ya que los datos que poseemos nos señalan que los arneses de los caballos de silla aparecen en el suelo peninsular dentro ya del primer milenio a. J.C. En ajueres de una cultura tan avanzada en técnicas metalúrgicas, como la de El Argar, no existe un solo elemento que pueda formar parte de un arnés de caballo y por el momento nada hace suponer que se utilizase antes del s. VIII a. J.C. (vid. M. ALMAGRO GORBEA, en *SAGVNTVM* 12, 1977, p. 121). Desde nuestro punto de vista las insculturas galaicas con jinetes deben suponerse dentro de la Edad del Hierro peninsular.

Un aspecto silenciado por los AA. es el de la posible representación de barcos en Borna (F. ALONSO ROMERO, en *ZEPHYRVS*, XXV, 1974, pp. 295-308). Estas representaciones tienen claros paralelos en grabados megalíticos de la Bretaña francesa. Han sido desdeñados y tachados de falsos a causa de que la roca en donde se encuentran, según dicen los vecinos, ha sido utilizada recientemente grabando en ella. De ser cierto el hecho, los «vecinos grabadores» habrían conocido los grabados de Mane Lud, que resulta un tanto difícil de aceptar.

Otro aspecto que valdría la pena de corregir es el de considerar que Neolítico y Megalítico son sincrónicos en Galicia. ¿Qué cerámicas neolíticas se han señalado en dicha región? También habría que preguntar qué diferencias materiales existen entre Eneolítico y Bronce, sistemática cultural que parece establecida más pensando en Europa que en nuestra península y en nuestra cultura megalítica. Es hora de que empecemos a establecer nuestras ordenaciones culturales y dejemos de pagar «royalties» —esa costumbre tan hispana— hasta para construir nuestra prehistoria, sobre todo teniendo en cuenta la originalidad y la excepcionalidad de los petroglifos gallegoportugueses, que ocupan un territorio dentro del que, poco más o menos, se desarrollaron los megalitos con cámaras con decoración pintada y en las que apenas se registran restos de pinturas rupestres esquemáticas.

También los AA. olvidan de señalar en su mapa sobre las zonas peninsulares con «arte postpaleolítico», los grabados de la zona media de los valles del Vouga y del Mondego (Outeiro de Machado, Cantinhos de Oliveira de Frades, Pedra Letreira de Gois, y Moleninhos de Tondela), parece que están vinculados por técnica y motivos con los de la zona de Las Hurdes (El Castillo, El Campón de Vegas de Coria, Puerto del Gamo, Azabal, etc.), en los que se representan arcos, flechas, cuchillos afalcatados, espadas,

puñales, podomorfos y motivos rectangulares con series de líneas paralelas en su interior.

De todos modos, se ha realizado un buen trabajo de investigación, se han desterrado bastantes tópicos y se han liquidado cronologías de estilo cesariano, por lo que hay que felicitar a los autores, de los que espero la gran obra sobre los petroglifos del NW de la península Ibérica.

F. JORDÁ CERDÁ

PEREIRA MENAUT, Gerardo: *Inscripciones Romanas de Valentia*, 99 págs. + XLVI láminas, Servicio de Investigación Prehistórica, Serie de Trabajos Varios, Núm. 64, Valencia, 1979.

María Lourdes Albertos Firmat llamaba la atención no hace mucho (cf. «Situación de la epigrafía hispanorromana. Soluciones al problema», *XIII CNA* [Huelva, 1973], Zaragoza, 1975, 945-950) sobre la necesidad de actualizar el *Corpus* latino de Hispania, de añadir materiales y corregir lecturas, proponiendo como solución más inmediata la de proceder por unidades geográficas concretas o áreas locales bien delimitadas. Como consecuencia de esa llamada de atención y/o coincidiendo con la misma, en los últimos cinco años han ido apareciendo una serie de colecciones epigráficas que, por su título, podrían considerarse inscritas en esa señalada dirección. Sin embargo, ni todas son de igual valor, ni su interés es, en modo alguno, el mismo. Entre ellas destaca —por su cuidada presentación, por la precisión de las lecturas y por sus utilísimos índices, comodísimamente ordenados— ésta del profesor Pereira, que podría servir (y ojalá así sea) de canónico *Vorbild*. Su valor radica tanto en el objeto que la informa (la reunión del total de las inscripciones romanas halladas o conservadas en Valentia) como en la rigurosa y moderna metodología, que el autor ha aplicado para hacer más viable no sólo la lectura de cada epígrafe, sino también la comprensión de la realidad histórico-social de la que —cultural y materialmente— las inscripciones recogidas forman parte. En este sentido hay que agradecer la clara síntesis (con toda la bibliografía pertinente: Galsterer, Wiegels, Knapp, Esteve Forriol) que, del aún irresuelto problema de la fundación de la ciudad, las páginas iniciales ofrecen. Y otro tanto puede decirse de las inteligentes observaciones que sobre la existencia —documentada en los epígrafes de finales del S. I o comienzos del II d. C. cf. las fórmulas *Valentini Veterani et Veteres* (núms. 12, 13, 16, 17, 19, 20), *Valent. Veteran. et Veteres* (núm. 15), *Valent. Veter. et Veteres* (núm. 14), *uterque ordo Vale(anti)norum* (núm. 24 y 25), *(ab) universo ordine Valenti(norum)* (núm. 23)— de una doble comunidad de ciudadanos con un doble senado municipal se hacen. Como posibilidad interpretativa de este hecho se ha pensado en una nueva *deductio*, explicación que Pereira acepta, enriqueciéndola con una sugestiva matización: «quizá no

sea erróneo —dice en p. 9— pensar en la posibilidad de que la segunda «deductio» estuviera en relación con alguna catástrofe natural o de otro tipo, que hiciese necesario un nuevo aporte de ciudadanos para rehacer la vida de la ciudad» y que, según indica, podría estar relacionada con el contenido de la inscripción núm. 9, una de cuyas pocas palabras conservadas es, precisamente, *CLADEM* (- - -). Desde el punto de vista técnico hay que elogiar, además de lo dicho, el uso de los signos críticos internacionales (que, hasta el momento, los estudiosos hispanos parecen desconocer u olvidar) y la calidad del material gráfico incluido, que contribuye a clarificar algunas dificultades de lectura. De las inscripciones (cuyo número se reduce a ochenta, todas ellas datables entre el S. I y el III-IV d. C.) sólo dieciséis han sido halladas en el subsuelo de la actual Valencia. Muy pocas tienen un contexto arqueológico preciso y la mayoría de las mismas han sido reutilizadas como material de construcción en fecha posterior, procediendo casi todas de hallazgos casuales con motivo de obras de cimentación o de derribo en la parte antigua de la ciudad. El material utilizado es bastante uniforme: «Caliza gris oscura» o «pedra de Sagunt» (de uso frecuente en las de época altoimperial) y «caliza gris clara», procedente de las canteras de Godella.

Desde el punto de vista lingüístico, las inscripciones reunidas no presentan demasiadas particularidades, a excepción del uso de *praenomina* como *cognomina* (núm. 20), habitual en época tardía, y de algunas dislocaciones sintácticas, con alteración, también, del estilo formular funerario (núm. 78). Interesante, en cambio, resulta la onomástica, con gentilicios como *Brinnius* (núm. 20), *Tettia* (núm. 32), *Fonteius* (núm. 52), *Venuleius* (núm. 65), *Vinuleius* (núm. 66), *Calventius* (núm. 75), *Carvilia* (núm. 76) y *cognomina* como *Ampliatius*, *Callirhoe* (núm. 37), *Venerosia* (núm. 44), *Caridianus* (núm. 51), *Maritumola* (núm. 60), *Mattius* y *Victoricus* (núm. 75), todos ellos poco o nada documentados en la epigrafía romana peninsular.

En lo relativo a aspectos culturales o religiosos, las inscripciones de Valentia presentan —además de dedicatorias votivas a Asclepio, Hércules, Juppiter Ammon, las Ninfas, Serapis e Isis— una dedicación a Aureliano con el título de *Deus*, que no deja de ser significativa, por cuanto que, de las cuatro inscripciones en que dicha titulación aparece (CIL, II, 3832; VIII, 4877; XI, 556 más la presente), dos están atestiguadas en la zona sur del *Conventus Tarracensis*: en Sagunto y Valentia.

JAIME SILES

Madriider Mitteilungen, Bd. 20, 1979, F. H. Kerle Verlag, Heidelberg (437 págs. y 59 láms.). Se cumplen con este número de los *MM* dos décadas desde el año de su

aparición. Todo «el horizonte» peninsular de arqueólogos ha ido viendo con entusiasmo cómo aquellas palabras de esperanza con que su fundador, el querido Prof. H. Schlunk, abría la serie «die MM wollen helfen... die reiche künstlerische Hinterlassenschaft dieses Gebietes immer eingehender bekannt zu machen und seine Stellung innerhalb der Alten Welt zu untersuchen. Die Herausgeber hoffen..., der antiken Kunst ihrer Heimat (de portugueses y españoles) in aller Welt neue Freunde zu gewinnen», se han hecho crecidamente realidad. Felicitamos a sus editores y deseamos a la Revista un largo número de décadas igualmente fructíferas.

Thomas Bubner: «Asentamiento eneolítico sobre el Miradouro dos Capuchos»; pp. 11-42, 8 figs. en texto y 1 lám. Materiales homogéneos cronológicamente hacen suponer que el asentamiento debió iniciarse en el eneolítico y abandonarse antes de la Edad del Bronce. Las piezas son minuciosamente catalogadas por el A., quien además revisa otras culturas eneolíticas, Zambujal y Montes Claros, de la Extremadura portuguesa. Dedicamos otros dos apartados al Vaso Campaniforme recogiendo conclusiones muy interesantes de su Tesis todavía inédita: que no se origina en la P. Ibérica, que el estilo atlántico es el que primero y más íntimas relaciones muestra entre Iberia y Centroeuropa, que cada tipo de campaniforme corresponde a una zona bien delimitada, y apoya ciertos aspectos socioeconómicos del Campaniforme ya defendidos por Sangmeister y K. Gerhardt.

Ph. Kalb y M. Höck: «Excavaciones en la necrópolis tumular de Fonte da Málaga (Viseu, Portugal)»; pp. 43-55, 11 figs. en texto y 4 láms. La necrópolis consta de ocho túmulos: tumba megalítica con corredor (3); cámara megalítica sin corredor (2); círculo de piedras con cista central (1); cista reutilizando un túmulo anterior (en 2). Excavados sólo 1 y 2. Resultados importantes: distintos tipos de enterramientos en una necrópolis; y no todas las «mamoas» son megalíticas; aunque se afirma que no hay enterramientos del Bronce Atlántico, en ese período se reutilizan túmulos anteriores. Siguen faltando datos para una cronología relativa de las cámaras con y sin corredor, pero los AA. por razones tipológicas dan como posteriores estas últimas.

J. Morais Arnaud, «Corôa do Frades, fortificación del Bronce Final en los alrededores de Évora»; pp. 56-100, 20 figs. en texto y 2 láms. Recintos similares hay en el Alentejo y todos ellos, con niveles del Bronce Final, tienen en común la cerámica bruñida con decoración geométrica que se fecha desde el IX-VIII al VII. Para el A. el yacimiento pertenece más al Bronce Final III que al de Alpiarca, dándole unas fechas del 900-600 a. C.

J. M. Apellániz y M.^a Hopf: «Restos de plantas de la Edad del Bronce en Castilla la Vieja (Cueva Mayor de Atapuerca, Burgos)»; pp. 101-106, 3 figs. en texto y 2 láms.

Los materiales permiten al A. aislar tres etapas cerámicas: 1) Técnica-Boquique y sin excisión de antes del 1100 a. C., 2) Técnica-Boquique y excisión de c. 1100-1000 y 3) Técnica-Boquique y sin excisión del 1000-800. Las plantas que analiza Hopf son quince muestras que proceden de los hogares correspondiendo a: *triticum aestivum*, *triticum dicoccum*, *triticum monococcum*, *triticum esp.*, *hordeum vulgare*, *corylus avellana*, *cenococcum geophilum*, resultados con interés sobre todo para futuros estudios comparativos.

O. Arteaga y N. Mesado: «Asentamiento costero del Bronce Final con elementos fenopúnicos en la provincia de Castellón»; pp. 107-132, 11 figs. en texto y 3 láms. El poblado, en la ribera del Mijares y a tres km. del Mediterráneo, fue núcleo de enlace entre culturas indígenas e influjos continentales y marítimos. El A. separa cinco fases arqueológicas: I) con sólo cerámica a mano, siendo la más característica la carenada del bronce tardío con formas tendentes al campaniforme. A su lado, tiestos típicos del Campo de Urnas. El A. relaciona este estrato con los asentamientos de los llanos de Castellón, y lo aísla sin embargo del Bronce Valenciano Medio. II) se caracteriza por un aumento progresivo de las formas del Campo de Urnas. III) Pervivencia de las formas anteriores más la aparición de tiestos a torno fenopúnicos importados, faltando sin embargo los de barniz rojo y los grises. Retroceso pues del horizonte Campo de Urnas ante el del Mediterráneo. Importante testimonio para precisar la etapa pre-ibérica. IV) El asentamiento se «iberiza»: cerámica a torno pintada que se puede fechar por comparación en el segundo tercio del S. VI a. C. Los AA. plantean unas premisas del mayor interés para el futuro conocimiento de la fase pre-ibérica en el Levante Peninsular.

M. Almagro Basch: «Sobre algunos tipos de exvotos ibéricos de bronce, con origen orientalizante»; pp. 133-183, 14 láms. Después de un estudio previo de algunos tipos en particular, pasa el A. a tratar largamente del origen y cronología de los exvotos, y los supone una repetición del dios Reshef-Baal, quien a su vez interpreta al «Smiting God» o «Wettergott» de origen indoeuropeo. La expansión de este culto hacia el O. sería en la segunda mitad del II milenio y primera del I, coincidiendo con la expansión económica de Tiro. Estas figurillas, más un sinfín de objetos menores de origen oriental, han ido influyendo y a la larga formando el arte ibérico, mucho antes de que en Occidente se viese el primer objeto griego.

R. Olmos y M.^a Picazo: «A propósito del comercio de vasos y bronce griegos en la Península Ibérica»; pp. 184-201, 1 fig. en texto y 4 láms. La importancia y riqueza de testimonios fenicios han hecho que pase a segundo término el papel jugado por la influencia griega, y sin embargo el arte ibérico muestra en sí claramente cuán grande fue el influjo del arte griego. Esta es la tesis defendida por los AA. estudiando primero, la abundancia y extensión de los

hallazgos griegos y luego, las rutas comerciales y la tipología, en parte específica, que llegó a Iberia. Los AA. clasifican los hallazgos en tres períodos: 1.º) Orientalizante del VIII al final del VI a. C.; piezas que llegaron aquí a través de intermediarios. 2.º) Período del comercio ampuritano, de fines del VI a fines del V a. C., perfilando las líneas de un comercio Atenas-Ampurias protagonizado por los focenses, con mercancía procedente sólo de determinados grupos y pintores: taller del Pintor de Penteseleia, cerámica barniz rojo coral o abundancia de lekytos del grupo Hemon, y 3.º) Intensificación del comercio ateniense en Occidente, de fines del V a mediados del IV, con rutas distintas, una de las cuales pasaría por Mallorca como los hallazgos de Sec muestran —unidad tipológica de estos restos con los que aparecen en Cástulo y Huelva—. Como interpretación de estos hechos defienden los AA. la tesis de Webster de «special commissions», o «comercio de encargo» explicando así la coherencia de los hallazgos con el contexto en que aparecen. Además, nos llegó aquí, en gran medida, el material excedente preparado para las colonias tracias y escitas, y de ahí ese tipo popular de iconografía que los pueblos ibéricos recibieron de Grecia, dándole un nuevo sentido.

L. Pallejá Vilaseca: «Un asa de caldero orientalizante de bronce en el Museo Arqueológico de Barcelona»; pp. 202-203, 1 lám. Un asa de caldero en forma de prótomo de toro, de la colección Bosch Catarineu, sin procedencia y con el n.º de inventario 5440. Fabricación con técnica de molde de arena. De origen orientalizante.

T. Hauschild: «La muralla romana de Tarragona. Excavaciones en la torre de Minerva y en el Baluarte de Santa Bárbara»; pp. 204-237, 22 figs. en texto y 12 láms. Nos presenta el A. un minucioso estudio como fruto de las dos campañas de excavación en la muralla de Tarraco. Se ha trabajado esencialmente en los puntos citados, y en ambos se ha investigado en el interior del zócalo megalítico —el A. evita el término ciclópeo— de 6 m. de altura, zona que hasta ahora no había sido sondeada. Los resultados son pues de grandísimo interés arquitectónico. Sus conclusiones cronológicas son importantes: tanto la construcción megalítica como la fachada monumental de la Torre de Minerva con los relieves de la diosa, se hicieron ya bajo dominio romano, en momentos en que la ciudad era punto de concentración de tropas, lo que justificaría un grosor de 6 m. por 12 de altura; obra hecha probablemente por esos 70.000 soldados que vinieron a Hispania en el 218, fecha que apoyan los restos cerámicos aparecidos en el relleno de la muralla.

H. J. Hildebrandt: «Los campamentos de Numancia, datación por los hallazgos monetales»; pp. 238-271, 2 figs. en texto y 8 tablas cuantitativas. El A. estudia de nuevo las monedas de Numancia que Schulten y Haeblerin publicaron. Defiende y apoya la cronología primitiva, sin ver razón para que se dude de la exactitud de la clasificación monetar. Hace un estudio individualizado de las piezas,

con tablas —pp. 254-6— de pesos medios, extremos y medios de dispersión, con índice de verosimilitud del 99 %. Las conclusiones a las que el A. llega son éstas: los bronceos romanos y los ibéricos fueron acuñados por un mismo patrón, y por lo tanto se les puede dar la misma cronología, teniendo presente que lo que tomamos por ases ibéricos circularon —o fueron, no queda clara la posición del A.— como semises. Que los Victoriatos aparecidos deben fecharse entre el 170 y 150 a. C. Que desde el punto de vista numismático no hay diferencia esencial entre los campamentos numantinos y que la cronología se puede precisar así: Campamento III del 157 al 146 a. C.; Campamento de «Escipión» del 141 al c. 130 a. C., y el Campamento V del c. 135 al c. 130, fechas que coinciden bien con los documentos histórico-arqueológicos que Schulten publicó en su día (vid. reseña más extensa en Acta Numismática).

J. de M. Carriazo: «El descubrimiento de Munigua y la espiral de oro del Cerro de Montorca»; pp. 272-281 y 2 láms. El A. ha localizado un manuscrito inédito del primer descubridor de los restos antiguos de Munigua, don Tomás de Gusseme. El relato de 1765, se conserva en dos copias, una en el Museo Británico (add. 10. 244-18) y otro en la Real Academia de la Historia (E-62). El Prof. Carriazo estudia además un brazalet prehistórico espiraliforme de oro, aparecido en Montorca, pequeño para ser de un adulto y muy pesado para ser infantil, el A. lo interpreta como adorno o sujetador de trenzas o mechones femeninos.

A. M. Acanto: «El acueducto romano de Itálica»; pp. 282-338, 17 figs. en texto y 12 láms. Bibliografía antigua, más el detallado estudio *in situ* hecho por la propia A., le permiten un extenso y documentado trabajo tanto topográfico y técnico, como arqueológico e histórico. Ciertas anomalías que ya apuntó Zevallos, son explicadas por la existencia en realidad de dos acueductos distintos que vinieron a complementarse. Uno más antiguo, descubierto por la A., de época republicano-imperial que toma sus aguas de los manantiales del Guadamar y que abastecía a *Italica Vetus*, y un segundo, el ya conocido del S. II d. C., que partiendo de Tejada la Nueva —Ituci según la A.— cruza el Guadamar, empalma con el primer acueducto y se desvía luego a *Italica Nova*. La A. ha descubierto además importantes restos de un templo dedicado a Diana como diosa de las Ninfas.

W. Trillmich: «Estatua juvenil de Cartagena y consideraciones sobre crítica de las copias»; pp. 339-360, 3 láms. Con el fin de establecer un método que permita el análisis de las abundantes esculturas que llamamos «copias», inicia el A. un estudio teórico sobre los conceptos de «copia», «réplica» e «imitatio». Método que aplica al análisis de la escultura de Cartagena, asociándola a cinco piezas similares que responderían, todas ellas, al ideal juvenil del S. V a. C., descartando tajantemente, tanto la fecha como la iconografía, que se le venía dando hasta ahora.

Para cerrar, y como novedad en este número de los *Madriider Mitteilungen*, se añaden a los índices bibliográficos habituales, uno general por materias y autores de todos los artículos publicados en la Revista en sus 20 años de vida.

M.^a PAZ GARCÍA BELLIDO

L. R. PALMER: *The Greek Language*, London 1980 (Faber and Faber), 355 págs.

Como indica su título, este reciente libro del prof. Palmer es una amplia descripción de la lengua griega, tanto en su vertiente lingüística como literaria. Es, pues, mucha la materia reunida en pocas páginas, por lo que no se puede pedir un tratamiento muy pormenorizado en determinadas cuestiones. Por consiguiente, es un libro al que hay que valorar por lo que de síntesis tiene.

En el prólogo el autor explica a grandes rasgos sus propios objetivos así como los fines que pretende la colección de manuales donde se inserta el presente: «to state the *communis opinio* where one exists and elsewhere to set forth fairly the evidence and the divergent views which have been expressed».

El libro está dividido en dos partes, subdivididas a su vez en diferentes capítulos y apartados; la primera es una introducción a la historia de la lengua griega, y la segunda, una gramática histórica de la misma.

El primer capítulo de la parte primera se titula «La prehistoria de la lengua griega» y comprende cinco apartados. Los dos primeros tratan de la posición del griego entre las lenguas indoeuropeas y de algunos tratamientos comunes con las de su entorno.

Le siguen otros dos titulados «Griego y pregriego» y «Las lenguas anatólicas». En nuestra opinión el autor adopta aquí una postura excesivamente parcial, si se tienen en cuenta los objetivos antes indicados. Es cierto que existieron fuertes contactos entre Asia Menor y Grecia antes de la llegada de los que denominamos griegos, como lo demuestra la serie de topónimos que analiza Palmer. Tampoco negaremos el papel de los luvitas en lo que a esta cuestión se refiere. Pero consideramos demasiado arriesgado hablar solamente de un sustrato. Además, en la Grecia del primer milenio a. J. C. subsisten todavía poblaciones pregriegas, no necesariamente luvitas, como son los eteocretenses y los eteochipriotas, y como lo indica la famosa estela de Lemnos, testimonios éstos a los que Palmer no hace referencia. Tampoco se plantea grandes problemas para explicar como hechos de sustrato la caída de las oclusivas finales y el desarrollo de una vocal protética ante *r-. Por nuestra parte diremos que la caída de las oclusivas finales es muy probablemente de época postmicénica, al po-

derse relacionar con el paso de -m a -n. Es, por consiguiente, un fenómeno quizá demasiado reciente para considerarlo consecuencia de un sustrato. Por otra parte, con respecto a la explicación de la vocal protética también como un fenómeno de sustrato, nos encontramos ante una cuestión todavía demasiado compleja como para una explicación de este tipo. En cualquier caso, mientras que la teoría del sustrato no plantea problemas cuando se trata de topónimos o de otro tipo concreto de palabras, querer ver en ciertos procesos fonéticos la influencia de un sustrato resulta arriesgado y es hoy por hoy indemostrable, por lo que no resuelve nada.

El capítulo acaba con un apartado dedicado a la entrada de los griegos en Grecia.

El segundo capítulo se ocupa de las tablillas del lineal B. Comprende cuatro apartados referidos cada uno de ellos al funcionamiento del silabario, a nombres personales que aparecen en las tablillas y su vinculación con los de la epopeya homérica, gramática del micénico y problemas de cronología de las tablillas.

El tercer capítulo está dedicado a los dialectos griegos del primer milenio a. J. C. También subdividido en cuatro apartados, consta de una rápida enumeración de las áreas dialectales, descripción de rasgos de cada grupo dialectal, génesis y evolución de los dialectos y una exposición breve de la nueva extensión de cada dialecto durante la época de las colonizaciones.

Mientras que en las páginas referidas al micénico nos encontramos con una descripción de la lengua y una exposición de problemas bastante completas para el número de páginas que ocupa, no resulta tan positivo nuestro juicio cuando trata de los dialectos del primer milenio. El autor no menciona para nada rasgos tan importantes como el paso de -ss- (< *ss-, *ts-, *ty-) > -s- en jónico-ático y arcadio, el cierre de -ō en -u en arcadio-chipriota, y algunos otros de menor interés pero a tener en cuenta también al describir un dialecto, como, por ejemplo, el paso de -er- > -ar- en los dialectos nordoccidentales. En la pág. 59, referida al arcadio-chipriota, hay varias incorrecciones e imprecisiones:

1.^a Al referirse a la evolución de las labiovelares parece querer indicar que en arcadio pueden evolucionar no sólo a dentales, sino también a silbantes, cosa en modo alguno correcta, pues estas grafías anómalas representan un estadio anterior al de dentales al aparecer sólo en tres inscripciones, que se hallan entre las más antiguas hasta ahora encontradas.

2.^a No aparece ὄvu en vez de ὄδε sino, en todo caso, en vez de οὐτος; ὄδε está perfectamente atestiguado en arcadio y chipriota.

3.^a No aparece κας por και en arcadio, sino que normalmente se encuentra και; solamente en el juicio de Mantinea (*IG* V, 2, 262) encontramos κας en vez de και.

4.^a La partícula condicional *ei* del arcadio, frente a *ñ* del chipriota, no es consecuencia de la influencia del ático, pues aparece en textos claramente dialectales.

Quizá es ésta la página más desafortunada de todo el libro.

En la página 65 creemos ver un indicio de algo que aparecerá confirmado más adelante, y que es consecuencia de una revisión demasiado rápida de la obra: al referirse a la repartición en arcadio de los infinitivos temáticos, *-ev* en Tegea frente a *-nv*, cita sólo a Licosura como la localidad en la que aparece este último; eso es cierto, pero los testimonios de Licosura son del s. II a. J. C. y, por este motivo, no puede ser descartada la influencia de una *koinē*. Pero no cita las formas en *-nv* de Orcómeno, con toda seguridad arcadias.

El apartado tercero, en el que se ocupa de la génesis de los dialectos del primer milenio, es bastante problemático. Aquí Palmer adopta una postura quizá excesivamente crítica. Pongamos un ejemplo: al negar la comunidad dialectal entre el jónico-ático y el arcadio-chipriota centra en exceso su atención en rasgos diferenciadores, pero olvida algunos comunes, muy importantes además, como son el paso de *-ti(-) > -si(-)*, la simplificación de *-ss- > -s-* o la aparición en jónico-ático del timbre *o* procedente de **η* en *ἄρμόζω*, timbre bien conservado en arcadio-chipriota. Dedicó el autor varias páginas para afirmar la existencia de una invasión doria, aunque no formulada como se ha hecho tradicionalmente, sino como una «step-by-step infiltration», y, de ahí, la ausencia de rastros de tal invasión. Pero con esta explicación lo único que hace es sustituir una duda por otra. No vemos claramente por qué ese empeño en mantener la existencia de la invasión doria cuando en la pág. 55 se acepta que «the 'Mycenaean' of the Linear B tablets is a standard chancellery language which masks the contemporary spoken dialects». Si se acepta la coexistencia de la lengua de las tablillas del lineal B y del protoelío y del protoarcadio-chipriota, ¿por qué no aceptar también al protodorio? Es cierto que la cuestión es todavía oscura, pero no creemos que la explicación de Palmer solucione gran cosa. Es, en síntesis, un apartado que sigue una línea bastante tradicional.

Tras un breve apartado dedicado al período de las grandes colonizaciones durante el primer milenio a. J. C., entramos en dos capítulos, el cuarto y el quinto, referidos a las lenguas literarias, poesía y prosa respectivamente.

El cuarto está dividido en los siguientes apartados: Homero; Hesíodo; elegía y yambo; poesía mélica; poesía coral, y tragedia. El quinto consta, a su vez, de tres: Heródoto y la primitiva prosa jónica; Tucídides y la primitiva prosa ática, y la prosa ática clásica. Aquí se señalan los rasgos más significativos de la lengua de los géneros y autores a que se refieren dichos apartados. Se trata, pues, de una selección de datos y cuestiones cuyo mérito principal radica en que forman una buena síntesis de elementos claramente

te expuesta. Este buen resultado queda un poco deslucido por la presencia de algunas erratas, probablemente resultado de una excesiva rapidez en la revisión del material. Los errores que hemos detectado son:

— p. 117: en la cita que hace del fr. 5 D de Anacreonte, en el verso 6 olvida escribir la forma *μὲν* entre *τὴν* y *ἐμῆν*.

— p. 147: en la cita de Hdt. VI, 61, 2-5, en la línea 10 de la misma utiliza la forma *ἐπερέσθαι* en vez de la correcta, *ἐπειρέσθαι*.

— p. 149: en la cita de Hdt. VII 159 apreciamos tres errores: *a)* escribe *Ἀγαμένων* en vez de *Ἀγαμένων*; *b)* pone entre paréntesis *ὁ Πελοπίδης Ἀγαμένων*, cosa que no hace ningún editor de Hdt.; *c)* utiliza la forma *ἀφαιρήσθαι* en vez de *ἀπαραιρήσθαι*, como hacen todos los editores.

— p. 150: el texto que cita no es de Hdt. VII, 36, sino de Hdt. VII, 33.

— p. 151: en Hdt. VII 10, η, 2 la forma correcta es *δεινότατον*, no *δεινοτάτη*.

— p. 159: al hablar de Antífonte se hace referencia a un texto de las *Tetralogías* equivocadamente: se cita a II α 1-3, que especifica previamente Palmer que es de la segunda *Tetralogía*, cosa esta última incorrecta, pues se trata de la primera *Tetralogía*, que es la segunda obra del *corpus* de Antífonte.

— p. 160: al citar el texto también de Antífonte IV δ 9, omite en la línea primera la forma *αὐτῶν* entre *ἀτυχίαν* y *ἠγούμενος*.

El sexto capítulo está dedicado al griego postclásico en su evolución hasta el griego moderno, pero se ocupa de un modo preferente de los procesos lingüísticos que conforman la *koinē*. Los apartados en que está dividido son: el dialecto común; evoluciones gramaticales de la *koinē* y los antiguos dialectos; génesis de la *koinē*; el griego cristiano, y el «establishment» y la lengua popular.

La segunda parte es una gramática histórica del griego, subdividida en tres capítulos: escritura y pronunciación; fonología, y morfología. El juicio que nos merece esta parte en su conjunto es altamente positivo. Se le puede achacar al autor que omite determinados hechos, pero según los objetivos trazados al principio del libro, nos encontramos con una gramática bastante completa. Difícilmente se puede decir tanto en ese número de páginas. Hay alguna interpretación discutible, como ocurre, por ejemplo, en la pág. 234, al considerar a la forma *ενδεδιωκοτα* de Heraclea como *ἐμβεβιωκοτα* (cf. O. Szemerényi, *SMEA* 1 [1966], 36-7), pero esto no desmerece el conjunto de la obra.

Le sigue una bibliografía introductoria especificada por capítulos, una lista de abreviaturas y símbolos, un índice de temas, otro de palabras griegas y afijos, y un último de palabras del lineal B.

En conclusión, nos encontramos, sin duda, ante un libro de utilidad para introducirse en el conocimiento de la lengua griega, aunque hay que lamentar que algunos de sus capítulos, el primero y el tercero, sean de un valor no acorde con el conjunto de la obra. También hay que lamentar la presencia de ciertos errores en determinadas ci-

tas. Pero se puede decir que el balance final es positivo y los objetivos que se especifican en el prefacio se cumplen en líneas generales.

ANTONIO LILLO